



Producción de lo urbano y producción de la ciudad.

Casanova Berna N.

Revista de Arquitectura y Urbanismo Taypi Vol. 2, N° 1 / Pag. 77 - 88

Doi: 10.5281/zenodo.7954036

Recibido 15/03/2023

Aceptado 10/04/2023

Ensayo científico

PRODUCCIÓN DE LO URBANO Y PRODUCCIÓN DE LA CIUDAD. PRODUCTION OF THE URBAN AND PRODUCTION OF THE CITY.

Casanova Berna N.



Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.



<https://orcid.org/0000-0002-3013-7249>



nestor.casanova.1958@gmail.com

Cita este artículo

Casanova Berna N. (2023). Producción de lo urbano y producción de la ciudad. *Revista de Arquitectura y Urbanismo Taypi*, 2(1), 77 - 88. Doi: 10.5281/zenodo.7954036

Planteamiento

La Teoría del Habitar debe explicarnos cómo es que los transeúntes producen la ciudad paso a paso, cómo los habitantes de los enclaves tejen sus estrategias de acción, cómo aquellos que atraviesan, día a día, los umbrales que proliferan en la vida urbana, se las arreglan para conferir sentido y oportunidad a la arquitectura urbana. Para lograrlo, debemos reparar en los modos en los que las huellas de los caminantes escriben su historia sobre el palimpsesto urbano. La producción de lo urbano no lo es todo en la construcción de la ciudad, es cierto, pero es preciso reconocer que, sin la primera de las operaciones, la segunda, la producción hegemónica, perdería gran parte de su sentido y su rumbo particular.

Para ello, es preciso realizar una semblanza de lo urbano, concebido como la pasión cotidiana por habitar, construir y transformar la ciudad, experimentada por los urbanitas de a pie, los protagonistas frecuentemente ignorados —o, lo que es peor, reducidos a su papel de meros usuarios— por la hegemonía política y profesional que opera planeando desde lo alto sobre la ciudad. Solo cuando reparamos, en efecto, en el papel que desempeñan los habitantes de una ciudad en su efectiva constitución de arquitecturas y urbanizaciones vivas, podemos vislumbrar que los urbanitas tienen un papel productivo que ha permanecido aún en las sombras, no explorado por la Teoría Urbana. Así, también podemos comprobar que, mientras empresarios, arquitectos, urbanistas y administradores locales se dedican a producir transformaciones materiales y formales en el espacio, los urbanitas son los verdaderos artífices de los lugares urbanos, ya que les confieren vida palpitante y sentido habitable. Llegados a este punto, podremos comprender que las ciudades que habitamos resultan de la convergencia contradictoria entre, por una parte, la producción social de lo urbano y la producción formal y material de la ciudad.

Desarrollo

I. Semblanza de lo urbano

Ariel Gravano señala un importante matiz a tener en cuenta en este contexto de reflexiones: distingue entre vivir en la ciudad y vivir la ciudad. En el primer caso, articulamos diferencialmente una realidad construida que circunda, como testigo impávido, una peripecia vital enfrascada en un devenir apenas enmarcado en una situación espacial ligeramente soslayable. En el segundo, escenario y actuación social se fusionan sin confundirse, pero se implican mutuamente, al mismo tiempo que se resignifican entre sí. En la primera asunción, 'la ciudad' es apenas la estructura perdurable que nos sirve como orden de coordenadas para el movimiento de la vida y es un asunto de agentes inmobiliarios, personas en el poder, arquitectos, urbanistas, diversos gestores y gendarmes. Mientras tanto, en la segunda opción, la ciudad es un proceso de construcción y destrucción permanente, de conciertos y competencias, de luchas por la supervivencia y de una paz, o al menos, de un cierto armisticio.

La ciudad es un hecho y un derecho. Es una de las consumaciones más notorias de la producción material y simbólica, en un proceso de transformación y socialización permanente. No se reduce al mero espacio físico de aglomeración, sino que adquiere valores, identidades e imaginarios construidos históricamente. Por lo tanto, no solo se vive en la ciudad, sino que se vive la ciudad. Y parte de ese vivir significa producirla, disfrutarla, sufrirla, reivindicarla y luchar por ella. (Gravano, 2016)

Es por eso que se debe hacer una distinción, siguiendo las directrices de Henri Lefebvre, entre la ciudad y lo urbano, es decir, entre una concreción material y formal aparente y la vida pujante y apasionada de los urbanitas. "Quizá convendría que introdujéramos aquí una distinción entre, por un lado, la ciudad, como realidad presente, inmediata, dato práctico-sensible, arquitectónico, y, por otro lado, lo urbano, como realidad social compuesta por relaciones que se deben concebir, construir o reconstruir a través del pensamiento" (Lefebvre, 1968). Hablar de lo urbano

es hablar de la ciudad viva, de esa realidad que se agita denodadamente para producir el sentido primero y último de la realidad urbana.

La ciudad es una realidad práctica y sensible, una morfología, una realidad demográfica, un dato presente e inmediato, algo que está ahí. La ciudad es un conglomerado de volúmenes, infraestructuras, calles, plazas, actividades, etc. Lo urbano es otra cosa: no necesariamente tiene que constituirse como elemento tangible, ya que puede existir y existe como una mera potencialidad, como un conjunto de potencialidades que no son otra cosa que la consecuencia del funcionamiento de lo social como una máquina constante de reunir, cruzar y mezclar. (Delgado, 2018)

Es preciso reparar en que esta máquina, lo urbano, se aplica, como bien afirma Manuel Delgado, a reunir, cruzar y mezclar, mientras que otra máquina productora de la ciudad, el Poder y sus técnicos, se ensañan de manera constante y sistemática en diferenciar, distanciar y segregar. Esta contradicción, como se verá más adelante, atraviesa la articulación conflictiva que vincula a lo urbano con la ciudad. Por el momento, debemos advertir que lo urbano es una especie muy particular de producción, antagónica y recíproca a los modos hegemónicos de producción que imperan hoy sobre la ciudad. Es por eso que en estas líneas nos dedicaremos a examinar los diferentes modos de producir lo urbano y de producir la ciudad, hasta llegar al núcleo antagónico desde donde emerge la actual realidad urbana.

La realidad urbana está marcada, en su carácter fundamental, por un conflicto que Ariel Gravano considera permanente y constitucional:

Lo urbano está formado por este sentido de conflicto permanente, por un lado, en el plano de lo existente, y por la necesidad (también permanente) de orden, de un cosmos integrado en una centralidad, en el plano de las tendencias o intenciones históricas de los actores sociales. Por eso, la principal contradicción inherente a lo urbano radica en esa existencia (el caos) y esa tendencia (el cosmos). Y el principal desafío de todo gobierno de lo urbano se establece en esa tensión entre permitir que prevalezca la correlación de fuerzas dominante (el mercado de bienes, las transacciones políticas, los flujos de poder local-institucional) o llevar a cabo una planificación y acción preventiva integral. (Gravano, 2016)

Mientras lo urbano bulle tumultuoso, la ciudad ofrece una sosegada perduración que solo se conmueve en las contadas ocasiones en que el ámbito público se colma de enardecimientos, ya sea de festejo o de protesta. Mientras lo urbano fluye, se difunde y se metamorfosea en formas lábiles, la ciudad ofrece el espectáculo impávido de sus fachadas aderezándose en el tiempo circular de los días y las estaciones. Mientras lo urbano es lo que existe, lo que hay, lo que se encuentra en las entrañas construidas, la ciudad aparece como una voluntad de claridad y orden, donde a cada cosa y a cada persona le está destinado un sitio.

Estaremos en deuda con Henri Lefebvre, quien ha contrastado el espacio experimentado con el cuerpo, el espacio vivido, —esa entidad que aquí preferimos llamar *lugar*—, con el espacio concebido, abstracto y también operativo, el espacio mediante el cual se mide y se valora cada tramo de extensión, cada intervalo disponible en los sitios puros. Así, esta contradicción se corresponde con dos modos sociales de producción: el modo de producción de lo urbano, por un lado, y en una tenaz oposición, el modo capitalista de producción del espacio, aquel en el que se desarrollan relaciones sociales de producción especiales, que operan de manera eficaz e implacable con el espacio concebido, en beneficio de los promotores inmobiliarios, los arquitectos y los urbanistas. (Delgado, 2018)

Lo urbano es susceptible de ser caracterizado de múltiples maneras. La primera de estas caracterizaciones es la de *problema*. En efecto, lo urbano engloba todo aquello que puede representar un desafío para la teoría social, el urbanismo como práctica profesional especializada y la reflexión política, especialmente localizada en el territorio de la vida cotidiana. La 'problemática' o 'crisis' de las ciudades suele manifestarse a través de carencias o contradicciones

propias de la condición urbana de la vida ordinaria. De manera recíproca, al señalar lo urbano como problema, generalmente se le atribuye una reivindicación social, ya que factores como la vivienda y los servicios de infraestructura suelen ser insuficientes frente a las demandas populares. El tercer paso caracterizador consiste en considerar lo urbano como un proceso social de cambio o reforma, es decir, se le caracteriza como el motor y la energía capaces de generar transformaciones no solo espaciales, sino también en la propia vida social. Además, en lo urbano se puede encontrar una caracterización *utópica*, al señalar que bajo condiciones sociales diferentes, bajo el imperio de una sensatez superior, la vida urbana puede adquirir una apariencia y contenido completamente diferentes: un ideal. (Gravano, 2016). Sin embargo, a estas caracterizaciones se deben agregar la de constituir un modo de reproducción social insumiso, y así reservar un aspecto crucial como un modo de producción recíproco y alternativo a la dominante.

En el marco general definido por todo tipo de procesos negativos de dispersión, fragmentación y segregación, lo urbano se expresa como una exigencia contraria de conjunción, reunión, redes y flujos de información y comunicación. "Lo que la forma urbana reúne y vuelve simultáneo puede ser muy diverso. Puede tratarse de cosas, personas o signos; lo esencial radica en la reunión y la simultaneidad" (Lefebvre, 1972/1976, p. 69). ¿No se parece o es idéntico ese espacio en el cual se intensifican y generalizan los intercambios y las coincidencias, a aquel en el cual Clarisse Dalloway, es decir, de alguna manera, la propia Virginia Woolf (1925/1993), experimentaba la sensación, mientras cruzaba Victoria Street, de que allí, en ese momento, "las cosas se juntaban"? (Delgado, 2018)

Ya podemos estar advertidos de que nos anima un interés más que legítimo por lo urbano, dado que constituye aquello que, desde las entrañas palpitantes de la ciudad, propugna poderosas y tenaces fuerzas centrípetas que reúnen cosas y personas en una tarea concertada, animando la concentración en aquello que todavía lleva el nombre de ciudad como entidad poblada reconocible. También debemos estar aleccionados sobre la operación antagónica de poderosas fuerzas centrífugas que dispersan funciones y estratos sociales, difundiendo una urbanización desleída sobre el territorio circundante y poniendo en crisis al hecho urbano de manera constitucional. Por último, no debemos dejar de reparar en el hecho de que esta contradicción pinta, en un cuadro por demás preocupante, el semblante de la realidad en la que habitamos, tanto en el presente como en el futuro próximo.

II. Lo urbano como producción

Bajo la locución "reproducción social", se suele entender el mecanismo mediante el cual un modo de producción es capaz de retroalimentarse para continuar funcionando de manera más o menos idéntica a sí mismo. En la vida social, existen mecanismos que aseguran diariamente el mantenimiento operativo del statu quo. De esta manera, a un modo específico de producción de mercancías le corresponde un modo más o menos estable de consumo, que legitima el ciclo y el sistema en su conjunto. Si bien esto es verificable en cierta medida, también es cierto que en las sociedades y en sus modos de producción se producen cambios, de manera que la reproducción social nunca se consuma completamente de forma efectiva. La reproducción social se debate en una contradicción latente entre la regeneración sistémica y el cambio social, ya sea gradual o drástico.

Si consideramos los aportes fenomenológicos, se destaca el carácter cotidiano, compartido y común del proceso de reproducción del mundo social. Por otro lado, la perspectiva de Marx enfatiza el análisis de la reproducción de la vida material de los individuos. De hecho, la reproducción de la vida material se entiende como la "condición fundamental de toda historia" (Marx, 1970: 28): "[...] la primera premisa de toda existencia humana y también, por tanto, de toda historia, es que los hombres se encuentren, 'para hacer historia', en condiciones que les permitan vivir. Ahora

bien, para poder vivir es necesario comer, beber, tener un techo, vestirse y otras necesidades más" (Marx, 1970: 28). Aquí se hace referencia al "proceso de vida real" (Marx, 1970: 26) en el cual las capacidades humanas se ven fuertemente limitadas o potenciadas por las condiciones materiales. (Rizzo, 2012)

Jean-Claude Passeron discute acerca de las condiciones que legitiman un sistema social o un modo de producción. Según él, "salvo en el caso de la emergencia de legitimidades carismáticas, siempre inestables y esporádicas hasta que se 'rutinicen' en instituciones o tradiciones, la fuerza propiamente simbólica de una legitimidad organizada y duradera se debe a la circularidad de su funcionamiento y al carácter cíclico de su reproducción" (Passeron, 1983). En la vida social, existen mecanismos que se activan de manera mutuamente funcional y regenerativa, dispositivos que verifican la funcionalidad operativa de la vida social en fases alternadas y recurrentes. Gracias a estos mecanismos, las sociedades "funcionan" y los sistemas productivos confirman su eficacia relativa.

Si los procesos que funcionan sistemáticamente en una sociedad tienden siempre a ser reproductivos, ¿de dónde surge el cambio? Aquí se propone la tesis de que el recurso a modelos reproductivos no impide dar cuenta del cambio, sino que conduce a una concepción distinta del mismo. Se puede formular esta tesis de otra manera, afirmando que no puede existir un modelo sistemático del cambio (evolucionista, dialéctico o estructural); el cambio siempre se produce en el encuentro entre procesos reproductivos incompatibles. El cambio no puede surgir de un modelo, ya que no hay un modelo concebible del "encuentro" entre procesos independientes o relativamente independientes en cada configuración histórica concreta, ya sea económica, social o simbólica. (Passeron, 1983)

En la medida en que se verifica que al modo capitalista de producción urbana le corresponde un recíproco modo de consumo que ratifica el funcionamiento de la producción de mercancías inmobiliarias, lo urbano puede considerarse un modo de reproducción social. Según el geógrafo británico David Harvey, "en las articulaciones entre reproducción social y espacio urbano, se centra la construcción de la ciudad alrededor de la reproducción ampliada del capital y de la distribución espacio-temporal de las relaciones que se constituyen en torno a la propiedad privada del suelo" (Harvey, 2007, citado en Tella, 2016). Lo urbano contribuye aplicándose al consumo de las mercaderías inmobiliarias, sustentando y desarrollando tanto la reproducción ampliada del capital como una protagónica distribución de las relaciones sociales en el seno de la urbanización capitalista tardía. La circularidad y el carácter cíclico de este proceso son los factores que aseguran la perdurabilidad de dicho modo de producción, como señaló anteriormente Jean-Claude Passeron.

Si lo urbano se redujera a un simple proceso de obediencia en el consumo de bienes de cambio inmobiliarios, el modo capitalista de producción urbana se regeneraría de manera circular, cíclica y acumulativa. Sin embargo, los habitantes urbanos también se las arreglan en el seno de lo urbano, *consumando* también bienes de uso urbano. De esta manera, en la reproducción social de la ciudad se observan tanto modalidades que retroalimentan el modo dominante de producción como sordas contestaciones que implican, por sí mismas, un componente de insumisión y cambio social. Frente a la lógica de acumulación depredadora, dispersión territorial y segregación social y espacial, sin embargo, existen fuerzas centrípetas que operan en pos de la concentración, la apropiación de uso y la concertación urbana. Si estas fuerzas reparadoras no operaran, hace mucho tiempo que habríamos presenciado, atónitos, la muerte de la ciudad. Pero en el hecho urbano contemporáneo, hay que reconocerlo, hoy por hoy se observa una prolongada agonía.

Acaso suceda que lo urbano aún alberga las menguadas fuerzas de una contraproducción urbanita: a la urbanización difusa hegemónica se le opone una sorda y tácita forma de resistencia. Cabe pensar que, al ser considerada como una producción recíproca a la dominante, pueda albergar no solo energías tenaces y reactivas, sino también convertirse en motores de cambio

social y urbano una vez que sean reconocidas y ejercidas conscientemente. Sin embargo, para lograr esto, se debe observar con atención y perspicacia los mecanismos profundos con los que los habitantes urbanos logran, a pesar de todo, constituir lugares urbanos en oposición a la pura y despiadada explotación del espacio ciudadano.

III. La constitución de lugares urbanos

"En el principio fue el Topos" (Lefebvre, 1974). En efecto, es necesario dirigir nuestra atención hacia el modo en que recuperar un cierto principio (hoy enajenado) es una tarea que podemos y debemos afrontar. En el principio fue, y sigue siendo, la constitución de los lugares donde las personas, al habitar, estamos presentes y poblamos:

Habitar implica apropiarse del espacio; y apropiarse del espacio implica convertirlo (vivido) en lugar, adaptarlo, usarlo, transformarlo y llenarlo con la afectividad del usuario y la imaginación habitante. Esta práctica creativa afirma la ilimitada potencialidad humana al reconocerse en la obra creada, otorgando al espacio sus múltiples dimensiones perdidas: lo transfuncional, lo lúdico y lo simbólico. (Martínez Gutiérrez, 2020)

Habitar los lugares urbanos es una tarea de apropiación efectiva: consiste en constituir una situación desde la cual conferir plena forma y sustancia. Habitar los lugares urbanos implica, entonces, no solo un hecho de ocupación y circunstancia, sino también la elaboración de una obra, la destreza eficaz de una producción. Habitar es consumir una condición humana fundamental, que consiste en constituirse como entidad situada. Los aspectos de apropiación, obra y consumación se unen en una tarea de restitución de la profunda sustancia del lugar, que ha sido alienada por el funcionalismo empobrecedor, el trabajo enajenado y la abstracción operativa.

A estos efectos, debemos examinar el modo en que la conceptualización falaz del espacio, por obra de la modernidad, nos ha alienado del lugar efectivamente vivido. La espacialización posee características de abstracción operativa que resultan funcionales a la subsunción de las cosas en la ciudad, y a la propia ciudad en su conjunto, como entidad mensurable e intercambiable, como mercancía. El "espacio" se concibe y se trata como una entidad enajenada de la existencia humana, como un continente dado, indiferente a todo gesto y toda presencia, fraccionable a voluntad, practicable de manera facultativa y, en todo caso, sometido a una asignación precisa de funciones diferenciadas y excluyentes. Este "espacio" se convierte en una moneda de cambio en la vida social, puede ser apropiado de forma exclusiva, se puede intercambiar a título oneroso, se puede "ocupar" o "vaciar" según precisos gestos de una economía política general y omnipresente.

El espacio de la "modernidad" posee características precisas: homogeneidad, fragmentación y jerarquización. Tiende hacia lo homogéneo por diversas razones: la fabricación de elementos y materiales, exigencias análogas de los participantes, métodos de gestión, control, vigilancia y comunicación. Existe homogeneidad, pero no en cuanto a plan o proyectos reales. En realidad, son "conjuntos" falsos y aislados. Paradójicamente, este espacio homogéneo se fragmenta en lotes, parcelas y se desmigaja. Esto resulta en la creación de guetos, cierres, grupos unifamiliares y pseudo-conjuntos mal conectados con los alrededores y centros urbanos. Hay una estricta jerarquización: espacios residenciales, espacios comerciales, espacios de ocio, espacios para marginales, etc. Este espacio gobierna una curiosa lógica que ilusoriamente se asocia a la informatización. Bajo su aparente homogeneidad, oculta las relaciones "reales" y los conflictos. Además, parece que esta ley o esquema del espacio, con su lógica de homogeneidad, fragmentación y jerarquización, ha alcanzado una mayor amplitud y una especie de generalidad, con efectos análogos, en el conocimiento, la cultura y el funcionamiento de toda la sociedad. (Lefebvre, 1974)

Por obra de la ideología de la espacialización, se nos naturaliza la operación de reducir conceptualmente el lugar efectivamente vivido a una abstracta extensión espacial. Nos permitimos concebir el espacio como un receptáculo vacío, una disponibilidad general donde tienen lugar las relaciones sociales, una extensión homogénea y universal sujeta estrictamente al funcionamiento del modo capitalista de producción del espacio. De esta extensión homogénea e indiferente, encontraremos convenientes ofertas en el mercado, disponibles para su adquisición como mercancía, porciones a las que denominaremos, de manera operativa, vivienda o residencia.

Pero debajo del velo equívoco de la ideología del espacio se encuentra una realidad ciertamente más compleja. Más allá de las ilusiones, abstracciones y operaciones, la vida social se debate enérgicamente teniendo lugar efectivo. Las complejas redes que constituyen las relaciones de producción y reproducción ocurren en lugares concretos, producidos y animados por la realidad social, más allá de que la conciencia social se conforme con esquematizaciones engañosas y funcionales al statu quo. Una parte importante de la lucha denodada de las fuerzas sociales por reconocerse a sí mismas en su protagonismo histórico reside en investigar, con grandes esfuerzos cognitivos y prácticos, los modos concretos en los que logramos, a pesar de todo, tener, producir y practicar los lugares que habitamos.

El espacio social contiene y asigna, de manera más o menos precisa, los lugares apropiados para: (1) las relaciones sociales de reproducción, es decir, las relaciones biológicas y fisiológicas entre los géneros, las edades y la organización familiar específica; (2) las relaciones de producción, es decir, la división del trabajo y su organización, y por lo tanto, las funciones sociales jerarquizadas. Estos dos conjuntos de relaciones, producción y reproducción, no pueden separarse: la división del trabajo afecta a la familia y la sostiene; inversamente, la organización familiar interfiere en la división del trabajo. Sin embargo, el espacio social debe diferenciar estas actividades, no sin dificultades, para poder proceder a su "localización". (Lefebvre, 1974)

Lo urbano, como agente social, se aplica con denuedo y tenacidad a la apropiación, a tener lugar, a hacerse un lugar como obra. Se trata de una acción productiva empecinada en su ocurrencia situada y logra sacudir, desde las entrañas más profundas, la vida urbana. Sin poder soslayar la alienación dominante del puro espacio mercantilizado, lo urbano prevalece en el sustrato vivo de la ciudad. Es una energía indómita que apenas se resigna a la aceptación superficial y silenciada de los dictados del poder, al tiempo que siempre se las arregla para subvertirlos de manera oscura, heteróclita y evanescente. La calle, la plaza, el mercado, la playa y los parques se estremecen con esta imprevisible conformación social.

La calle es, en efecto, el escenario predilecto para que se concrete lo urbano, en el sentido propuesto por Lefebvre. Es ahí donde podemos contemplar cómo se despliega un orden social gestionado en buena medida desde su propio interior, donde se entrelazan eventos grandes y microscópicos, conductas regulares y comportamientos marginales, monotonías y sorpresas, lo común y lo excepcional, lo vulgar y lo misterioso, lo constante y lo cambiante, lo esencial y lo superfluo, las certezas y la aventura. Es un "desorden" que produce y, al mismo tiempo, desmiente el orden, donde nada es uniforme ni inerte, un universo en el que las diferencias y los sucesos se generan constantemente, a veces de manera infinitesimal, y algunos de ellos adquieren significado. ¿Acaso ese marco en el que lo más improbable está siempre a punto de suceder, aquel en el que siempre se insinúa y a veces irrumpe lo "posible imposible" que urgía a Lefebvre (1972b, pp. 50-52), un estallido de rabia, gozo y frenesí cuyo escenario y vehículo solo puede ser la vida urbana? Delgado (2018)

Es en la calle donde se observa cómo los urbanitas obedecen a los dictados del poder, circulando rápidamente desde sus hogares hacia sus ocupaciones, pero también es allí donde deambulan los

poetas inquebrantables de lo urbano, los caminantes reflexivos, los peatones maravillados por las bellezas que se cruzan. En la calle es donde se puede ver a los urbanitas deteniéndose para recargar energías en las mesas de las cafeterías, sucumbiendo a las irresistibles incitaciones del consumo, pero también es el lugar donde los amantes sueñan juntos, donde los ancianos recuerdan con melancolía, y donde se reúnen conspiradores sombríos de todas las índoles. En la calle aguardan los umbrales que los urbanitas atraviesan resignados, cumpliendo con las funciones urbanas asignadas, pero también algunos cruzan por allí y su vida nunca será igual, otros sentirán cómo la rutina erosiona un poco su espíritu, y otros aún abandonarán para siempre el lugar que los acogía con un afecto algo distraído. Lo urbano es tanto una operación de reproducción sistémica como una contraproducción de lugares donde la vida ocurre. Lo urbano, mientras confirma cíclicamente el funcionamiento del sistema, también lo cuestiona y resignifica de manera recíproca.

Quizás sea necesario ir más allá y admitir que los productores del espacio han actuado siempre de acuerdo con una representación, mientras que los "usuarios" han experimentado pasivamente lo que les ha sido impuesto, más o menos insertado o justificado en su espacio de representación. ¿Cómo se llevan a cabo esas manipulaciones? El análisis debe ofrecer una respuesta. Si los arquitectos (y los urbanistas) tienen una representación del espacio, ¿de dónde proviene? ¿En beneficio de qué y de quiénes se vuelve "operacional"? Si los "habitantes" tienen un espacio de representación, comienza a aclararse un curioso malentendido, aunque eso no significa que desaparezca en la práctica social y política. (Lefebvre, 1974)

Mientras que los productores del espacio, es decir, el poder económico y político, sus instituciones, sus agentes y sus profesionales al servicio de los mismos, controlan la vida social desde arriba con una representación abstracta pero funcional y operativa, los urbanitas, aunque aparenten obediencia en la superficie, se dedican de manera obscura y tenaz a producir la ciudad como una estructura de lugares, a través de una red sistemática de experiencias vitales. Es en las profundidades de este malentendido que brotan aquí y allá los brotes amenazantes del cambio social y urbano. Este cambio solo ocurrirá en condiciones sociales en las cuales las representaciones falsas del espacio sean reemplazadas por aquellas que estén en consonancia con las formas genuinamente vividas por los cuerpos de los urbanitas. Es cuando la producción del espacio se convierte en una producción social de lugares.

El complejo entramado de relaciones sociales genera su propio espacio, reflejando tanto las representaciones cognitivas y operativas hegemónicas como aquellas que son efectivamente experimentadas por los ciudadanos reales:

"Producir el espacio". Esta combinación de palabras carecía de sentido cuando los filósofos dominaban el mundo de los conceptos. El espacio de los filósofos solo podía ser creado por Dios como su primera obra, el Dios de los cartesianos (Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibniz) o el Absoluto de los post-kantianos (Schelling, Fichte, Hegel). Aunque posteriormente el espacio parezca una degradación del "ser" que se despliega en el tiempo, esta apreciación peyorativa no introduce ninguna diferencia: el espacio, aunque relativizado y desvalorizado, sigue dependiendo de lo absoluto, incluso en la concepción bergsoniana de la duración. (Lefebvre, 1974)

Henri Lefebvre realiza una distinción importante entre la creación de obras y la producción social de cosas como una práctica social que se desdobra. A la primera le corresponde, entre otras cosas, la constitución existencial de lugares, es decir, sitios generados desde su esencia por los fenómenos sociales concretos que ocurren allí. A la producción social de cosas le antecede la constitución operativa de un orden, un orden espacial abstracto, de relaciones sociales de producción donde prolifera la producción e intercambio generalizado de mercancías.

Así, la producción social del espacio presenta características especiales. Consiste en concebir y disponer de un recipiente homogéneo, neutro e indiferente capaz de contener el flujo de

intercambio de mercancías en forma de cosas. Sin embargo, no se trata de una producción simple, sin contradicciones, prístina y unánime en su eficacia:

El espacio social no es simplemente una cosa entre otras cosas, un producto más entre los productos. Más bien, envuelve a las cosas producidas y comprende sus relaciones en su coexistencia y simultaneidad, en su orden y/o desorden relativo. No puede reducirse a la condición de un simple objeto, ya que es el resultado de una secuencia y un conjunto de operaciones. Aunque no hay nada imaginario, irreal o "ideal" comparable a un signo, una representación, una idea o un sueño. El espacio social, como resultado de acciones pasadas, permite que ciertas acciones tengan lugar, sugiere algunas y prohíbe otras. Entre estas acciones, algunas se refieren al ámbito de la producción y otras al consumo, es decir, al disfrute de los productos. El espacio social implica múltiples conocimientos. Entonces, ¿cuál es su estatus preciso? ¿Qué relación guarda con la producción? (Lefebvre, 1974)

Es que lo urbano no puede, debido a su propia constitución social compleja, reducirse a la simple reproducción del entramado hegemónico de relaciones sociales. Existe un proceso más profundo en el que lo urbano se produce a sí mismo como una ocurrencia situada, como la consumación de una condición humana fundamental que apenas puede ser sometida bajo el manto de la ideología y la alienación. Esta última convierte el espacio en algo abstracto y operativo, mientras que en el fondo ha sido, es y será en el futuro, bajo una apropiación social adecuada, el lugar urbano. La operación política de una emancipación social está estrechamente ligada al rescate de un modo concreto y pleno de constituir un lugar urbano, que también es vivido y concebido nuevamente.

IV. Producción de lo urbano y producción de la ciudad

Podemos conmovernos, al igual que Henri Lefebvre, con la belleza crepuscular de Venecia y aprender una importante lección. En este momento en el que la ciudad se sumerge en la memoria, se hunde en el fango de la laguna y se ve sobrecargada por turistas, podemos descubrir, más allá de nuestras ansias de consumir imágenes, que la ciudad ha sido creada y producida por dos mecanismos sociales. El magnífico resultado aún se encuentra a la vista, invitándonos a reparar en él, a reflexionar y a recibir una lección:

Fue necesario para el desarrollo de Venecia mantener la continuidad de un gran diseño, de un proyecto práctico y el dominio de una casta política: la talasocracia de una oligarquía mercantil. Después de colocar los primeros pilotes en el fango de la laguna, cada lugar fue planeado y construido por el pueblo, desde los líderes políticos y el grupo que los respaldaba hasta aquellos que trabajaban en su ejecución. Después de atender las necesidades prácticas impuestas por el desafío del mar, como el puerto y las rutas marítimas, vinieron las concentraciones, las festividades y las ceremonias grandiosas (como el matrimonio del Dogo y el mar), así como la creatividad arquitectónica. Aquí es posible apreciar la conexión entre un lugar creado por una voluntad y un pensamiento colectivo, por un lado, y las fuerzas productivas de la época, por otro. Este lugar fue elaborado por esa razón. Plantar pilotes, construir muelles e instalaciones portuarias, edificar palacios; todo eso también constituía un trabajo social, realizado en condiciones difíciles y bajo las decisiones apremiantes de una casta que obtenía beneficios considerables de todo ello. ¿No hay producción a través de esta obra? ¿No anunciaba esto el plusproducto social, previo a la plusvalía capitalista? Quizás haya una diferencia, y es que en Venecia, el exceso de trabajo y el plusproducto social se llevaban a cabo y se desplegaban en el lugar, en la ciudad. (Lefebvre, 1974)

Nuestro autor se preocupa por presentar, por un lado, una voluntad y un pensamiento colectivo, que nunca fueron pacíficamente unánimes, dirigidos a crear un lugar urbano. Esto se distingue quirúrgica y analíticamente de otro aspecto concurrente: las fuerzas productivas que generaron la

expansión de la producción urbana en el espacio circundante. De este modo, Venecia no solo se convirtió en un estructurador de vías marítimas y rutas comerciales distantes, sino que también preservó el valor habitable de sus rincones más secretos. De la economía talasocrática solo queda el recuerdo y el esplendor, pero el trabajo paciente del cuerpo de los venecianos perdura como la consumación del lugar urbano. Y esta es la lección de Venecia.

Es necesario producir la ciudad desde las entrañas de lo urbano, poniendo el cuerpo en acción, un cuerpo que disponga de todas sus facultades para tener lugar, para unirse y crear una disposición acogedora para la vida. A diferencia del distanciamiento centrado en la visión (Pallasmaa, 2005) de los operadores del espacio abstracto, es necesario trabajar con todas las potencialidades con las que el cuerpo se las arregla de manera inmediata y esforzada para dar forma y contenido al lugar que habita. Para lograr esto, es necesario permitir que el cuerpo realice esta tarea, liberándolo de la alienación operativa del espacio puro, y otorgar protagonismo a los mecanismos de presencia y población plenas en la creación de lo urbano como lugar.

¿Puede el cuerpo, con su capacidad de acción y sus energías, crear el espacio? Sin duda, pero no en el sentido en que la ocupación "fabricaría" la espacialidad, sino más bien en el sentido de establecer una relación inmediata entre el cuerpo y su espacio, entre el despliegue corporal en el espacio y la ocupación del espacio. Antes de generar efectos materiales (herramientas y objetos), antes de su propia producción (a través de la nutrición de la materia) y antes de reproducirse (mediante la generación de otro cuerpo), cada cuerpo vivo es un espacio y tiene su propio espacio: se produce en el espacio y al mismo tiempo genera ese espacio. Es una relación notable: el cuerpo, con sus energías disponibles, el cuerpo vivo, crea o produce su propio espacio; inversamente, las leyes del espacio, es decir, las leyes de discriminación en el espacio, rigen al cuerpo vivo y al despliegue de sus energías. (Lefebvre, 1974)

Se trata de prestar atención a todo aquello que hemos decidido ignorar: somos lugar con el cuerpo, hacemos lugar con el cuerpo, construimos lugar con el cuerpo. Nos han hecho creer que las calles son trazadas por los demiurgos de la ciudad en sus tableros, pero hemos olvidado que somos nosotros, los viandantes, quienes transformamos esas líneas paralelas en itinerarios. Nos han hecho creer que los agrimensores, urbanistas y autoridades municipales delimitan las esquinas, pero hemos olvidado que somos nosotros quienes encontramos allí la oportunidad de encontrarnos con otros y empezar, todos los días, una historia. Nos han hecho creer que los paisajistas diseñan los parques que embellecen nuestras vidas, pero olvidamos que somos nosotros quienes nos sumergimos en un abrazo amoroso, sin el cual ni los parques ni las plazas llegarían a ser lo que son.

Socialmente hablando, el espacio posee una doble "naturaleza", una doble "existencia" general (para toda sociedad dada). Por un lado, cada miembro de la sociedad considerada se refiere a sí mismo, se sitúa en el espacio; tiene una inmediatez y una objetividad para sí y ante sí. Se coloca en el centro, se designa, se mide y se utiliza a sí mismo como patrón de medida. Es el "sujeto". El estatus social, asumiendo una hipótesis de estabilidad y, por lo tanto, una definición en y por un estado, implica un papel y una función: una identidad individual y pública. También implica un lugar, una ubicación, una posición en la sociedad. Por otro lado, el espacio es mediador (intermediario): a través de cada plano, más allá de cada contorno opaco, "cada uno" busca algo más. Esto tiende a establecer el espacio social como transparencia ocupada únicamente por luces, "presencias" e influencias. Por un lado, el espacio contiene opacidades, cuerpos y objetos, centros de acciones eferentes y energías efervescentes, lugares ocultos o incluso impenetrables, áreas de viscosidad y agujeros negros. Por otro lado, ofrece series, conjuntos de objetos, concatenaciones de cuerpos, de manera que cada individuo puede descubrir a otros, que constantemente se deslizan desde lo invisible a lo visible, desde la opacidad a la transparencia. (Lefebvre, 1974)

La ciudad, entonces, se produce desde el llano de la vida social según estas disposiciones complementarias: una a la que todos los habitantes urbanos le ponemos el cuerpo, y otra que nos conecta mutuamente. Esta producción fundamental, este empeñado obrar, se opone en principio a las operaciones abstractas, homogeneizadoras e instrumentales del poder. Tal contradicción nos atraviesa y se corresponde con una tendencia urbanizadora compacta y centrípeta, que anhela consumir un lugar donde todas las cosas puedan suceder, y que es combatida por una alternativa urbanizadora difusa y centrífuga, formalizada por la explotación esquilante del suelo urbano.

Es hora de que la producción de la ciudad reconozca, en la conciencia social, el papel que desempeña lo urbano como auténtica potencia social urbanizadora. En segundo lugar, es imperativo que los modos operativos que dan forma y materialidad a la ciudad se alineen históricamente con esa potencia urbanizadora primaria. En tercer lugar, surge una fuerte sospecha de que solo un cambio radical en las relaciones sociales de producción será capaz de lograr esta sensata reversión. Para lograr estos objetivos, es necesario prestar atención y observar cuidadosamente los mecanismos de reproducción social.

Pero el capitalismo seguramente se acerca al umbral en el cual la reproducción no podrá prevenir la producción, no de cosas, sino de nuevas relaciones. ¿En qué consisten estas relaciones? Tal vez en la familiar y, a la vez, nueva unidad del espacio y del tiempo, una unidad que ha sido ignorada durante mucho tiempo, disociada y reemplazada por la prioridad arbitraria del espacio sobre el tiempo. (Lefebvre, 1974)

Con una atención inquisitiva a los mecanismos de reproducción social, es posible vislumbrar que allí se encuentran, de una manera que hoy solo podemos sospechar, pero no revelar con suficiente claridad, impulsos de insubmisión, resistencia y cambio social. "El conflicto social (o la nueva lucha de clases) se ha desplazado, relativamente, del ámbito del Estado-nación y del lugar de trabajo a los territorios locales y al nexo entre lo local y lo global" (Borja, 2012). Si esta conjetura es plausible, se vuelve imperativo observar con singular perspicacia cómo emergen de los modos concretos de habitar y producir lo urbano las potencias propicias para la transformación social. Se podría ver entonces cómo, de un modo aún oscuro, el habitar concreto de las ciudades, la constitución efectiva de lo urbano y las dinámicas de la vida ciudadana se confabulan para elaborar una contraproducción del lugar, como alternativa humana a la producción hegemónica de la urbanización.

Conclusiones

La Teoría del Habitar tiene la capacidad de investigar en profundidad y con sensibilidad una semblanza de lo urbano, adoptando un enfoque alternativo a los paradigmas establecidos hasta ahora en el urbanismo académico y profesional. Al centrar la atención en el factor humano como elemento constitutivo del fenómeno urbano y arquitectónico, brinda una alternativa epistemológica, ética, política y estética a las corrientes convencionales en el urbanismo y la arquitectura.

Esta Teoría del Habitar puede aportar significativas contribuciones a la Teoría Urbana, dirigidas a desvelar las dimensiones humanas efectivamente vividas en la escena urbana. En contraposición a un urbanismo centrado en la construcción de objetos y la recalificación de suelos, se puede promover un urbanismo que se preocupe por la creación de lugares adecuados, dignos y decorosos para todos y cada uno de sus habitantes.

Debe reconocerse en los urbanitas el papel que efectivamente desempeñan en la producción de los lugares urbanos, un obrar complementario y antagónico a los medios hegemónicos de producción de la ciudad. En su vida cotidiana, en su vivir ordinario, los habitantes de la ciudad rectifican rumbos, abren sendas y trasponen umbrales, confiriendo sentido humano a las materializaciones formales de la arquitectura y el urbanismo.

Por último, pero no menos importante, es constatable la naturaleza inherentemente conflictiva entre los modos hegemónicos de producir la ciudad y los modos de resistencia sorda —hasta el momento— por parte de los urbanitas, quienes solo lograrán adquirir plena conciencia social de su potencial vivificador, productivo y transformador cuando se den las condiciones histórico-sociales adecuadas.

Referencias Bibliográficas

- Borja, J. (2012). *Revolución urbana y derechos ciudadanos: Claves para interpretar las contradicciones de la ciudad actual* (Tesis doctoral). Universidad de Barcelona.
Recuperado de https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/83360/01,JBS_1de2.pdf
- Delgado, M. (2018). El urbanismo contra lo urbano. La ciudad y la vida urbana en Henri Lefebvre. *Revistaarquis*, 7(1), 65-71.
- Gravano, A. (2016). *Antropología de lo urbano*. LOM ediciones.
- Lefebvre, H. (1968). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Martínez Gutiérrez, E. (2020). Introducción. Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. En H. Lefebvre, *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Pallasmaa, J. (2005). *Los ojos de la piel*. Gustavo Gili.
- Passeron, J.-C. (1983). La teoría de la reproducción como una teoría del cambio: una evaluación crítica del concepto de contradicción interna. *Estudios Sociológicos*, 1(3), 417-442. <https://doi.org/10.24201/es.1983v1n3.1321>
- Rizzo, N. (2012). Un análisis sobre la reproducción social como proceso significativo y como proceso desigual. *Sociológica*, (77), 281-297.
- Tella, G. (2016). *Precariedad urbana y reproducción social en la construcción de la ciudad. El caso de la región metropolitana norte de Buenos Aires entre 1991 y 2010*. Universidad Nacional de General Sarmiento.